

Una carta a los Reyes de Oriente

HECHO SINTOMA

La escribió el galardonado es-

critor Tomás Salvador, *Planeta 1960*, en el diario «La Vanguardia». Es una carta dirigida a los Reyes Magos, pero en realidad va destinada a todos los que hacen de tales en los hogares donde hay niños.

En aquella patética carta, más que pedir regalos y juguetes para los niños —que de eso ya se cuidan estos mismos de pedirlos en sus ingenuas misivas— lo que hace su autor es rogar a sus majestades que no incluyan en los encargos que efectúen en los bazares, ciertos juguetes que han aparecido este año en los escaparates de las tiendas dedicadas a este negocio.

Se horroriza Tomás Salvador, y con él todo hombre que tenga conciencia de su misión tutelar en este mundo, que puedan llegar a las manos de nuestros pequeños y se diviertan jugando con ellos, unos «campos de prisioneros» en miniatura que hemos visto en paradógica mescolanza junto a balones, patines, mecanos, etc. Rediles de prisioneros miniaturizados en los que no falta ningún detalle de los que por desgracia y vergüenza del hombre contemporáneo han caracterizado estos recintos degradantes de la condición humana, eso es: alambradas de espinos, guardias con metralleta o empuñando látigos, perros de presa... todo cuanto pudiera contribuir a dar una idea lo más veraz posible de lo que fue aquella triste y trágica realidad acontecida en la segunda gran guerra de nuestro siglo.

Verdaderamente horroriza pensar que tales artilugios tengan que servir de juguete para nuestros hijos, que se familiaricen con ellos como si de una cosa corriente y natural de los avatares humanos fuera, y más que horror, provoca indignación al ver que haya quien, llevado por el afán de ganancias, sin sentir escrúpulos o por inconciencia, que igual da, haya podido tener la diabólica idea de halagar la curiosidad infantil y el deseo paternal de satisfacerla, fabricando esos, digamos juguetes, sobre una de las más denigrantes tragedias que han ilustrado la historia bélica contemporánea.

No había bastante con las pistolas, rifles, aviones de bombardeo y demás armamentos militares convertidos en pasatiempos infantiles, que ahora se nos sale con ese malhadado ingenio de la civilización: los «campos de Prisioneros»

¿Que los niños tienden por el natu-

ECOS Y RAZONES

CANDILEJAS PARA NAZARET

Si les digo a ustedes que necesitaba desintoxicarme un poco, me comprenderán muy bien: llevaba dos semanas presenciando excepcionales películas, e incluso había aplaudido a Guillermo Marín y otros que se detuvieron en mi ciudad para dar unas justísimas representaciones teatrales. Era, pues, cuestión de buscar espectáculos populares, de más holgada realización y de menor ajuste. Así que, cogí un autocar y me desplazé a un ambiente rural, donde, se representaban unos «Pastorets».

En cuanto oí que Satanás, argumentando con el ángel, le decía «Ya lo comprendo, Grabiél» y en cuanto vi que los mocosos de las primeras filas de platea se encaramaban de un salto al escenario durante las mutaciones y le levantaban las faldas al telón me dije que estaba en el mejor de los elementos populares.

La representación tuvo de todo. Un personaje llorón conmovió de tal modo a sus familiares que estaban en platea, que luego no había modo de consolar a su señora madre. Un pastorcillo, comparsa de última hora, que no había ensayado jamás con trajes, las pasaba muy moradas cada vez que, en escena, le tocaba estar a menos de dos metros de un diablo. Los lugartenientes de Satanás habían recibido del guardarropa unos estupendos trajes de cosacos, rojo y negro con lo que se evidenciaba una tendencia pro occidental muy laudable. Y la doncella, guapa de veras, que interpretaba el papel de la Virgen María, llevaba un vestido y un calzado que remedaba lejanamente los figurines de bayaderas que Bakst dibujara para «Scherezada».

Sin embargo, el entusiasmo y la fe de los intérpretes, sacó adelante la representación con, para mi gusto, demasiada perfección. No se equivocaron en el recitado, entonaron las canciones perfectamente, y se movieron con un exacto sentido de las masas y del marco del escenario. Hubie-

ra preferido, dada mi predisposición por lo popular, ver narices de cartón que se cayeran, barbas al sesgo y actores soltando morcillas, y hasta «monstruos» en las canciones. Todos esperamos, en una representación teatral, que falle algo, como lo esperamos en el circo y en los toros... sino que en los dos ejemplos últimos es más trágico. En el teatro los fallos añaden un no sé qué de humano a la peripezia vital colectiva de público y actores, que establece, aun siendo fallo, o quizá por ello, una hermandad mayor entre unos y otros. Los fallos en escena parecen romper el falso encantamiento que mantiene separados a los cómicos del respetable. En teatro, todo lo que sea acercarnos, comunicarnos, será bienvenido. Desde el teatro griego, con el público casi rodeando a la orquesta y a los cómicos, hasta las moralidades y misterios del atrio medieval y a la «commedia dell'arte» o a las convivencias más modernas —véase el caso de Guitart o de Gielgud en Londres— hay una línea teatral de representación entre el público, de santa y humana mezcla, que traslada el misterio del teatro a una esfera total, haciéndonos partícipes de su poesía.

Quizá fue por ello que, no encontrando suficiente nexo entre escenario y público, me subí a aquél durante uno de los últimos intermedios. Así di un par de pasadas por entre diablos y ángeles y pastores, ángeles que soltaban algún taco, diablos que fumaban entre un condenado olor a azufre... hasta que puse el pie sobre el escotillón que directamente conducía al infierno y fui advertido nerviosamente de, que el escotillón, podía abrirse de un momento a otro, pues estaban, desde abajo, haciendo pruebas. Retiré el pie igual que si hubiera pisado la bicha y descendí otra vez a la platea abriéndome paso entre un enjambre de chiquillería.

J. Vallverdú A.

ral impulso de su vitalidad a los juegos violentos, a la representación de luchas entre guardias y bandidos? Ya lo sabemos. Pero convengamos que, en buena parte esto se debe a la ejemplaridad que reciben del cine y de esas mal llamadas revistas infantiles de que se nutre su maleable imaginación.

Si se quiere laborar por un mundo mejor, por unas generaciones que vivan en paz y mutuo respeto, lo que debemos enseñar a los niños es la práctica de la caridad, del noble sacrificio, de la bondad...

Para que puedan ejercitar sus músculos en desarrollo, ha y sobrados

deportes en qué emplear sus energías. Nunca recurrir al empleo de las experiencias odiosas por las que hemos tenido que pasar los mayores. Que no se familiaricen con ellas. Antes, que las repugnen y luchan otro día para evitarlas y no sean ellos sus propias víctimas.

Mientrastanto, que juegen con balones, con «bicis», con pistolas incluso; pero para perseguir bandidos fascinerosos. No para con ellas vigilar a unos hombres que no han cometido otro delito que pertenecer a un ejército vencido.

Xavier